

# De vuelta por el camino de la pasión

*De Oviedo a Zacatecas, o la relación posible entre  
Ramón López Velarde y Andrés González Blanco*

Fernando Fernández

© Liana Montalbán



Ramón López Velarde

*La inagotable pasión literaria de Fernando Fernández lo lleva a explorar en este texto, guiado por las sabias y luminosas opiniones de Octavio Paz, los posibles puntos de coincidencia entre dos poetas: el zacatecano Ramón López Velarde y el asturiano Andrés González Blanco. De las sonoras diferencias y las elocuentes semejanzas entre ambos trata este entrañable ensayo, que es también recorrido por las estancias poéticas preferidas del autor y pintura de los aires, los paisajes y las atmósferas domésticas y provincianas que van, en esta lectura, de Zacatecas a Oviedo, y que se reflejan de manera brillante en la plástica de Javier Carral.*

## 1. UN MISTERIO DE LOS LLAMADOS INSONDABLES

Es muy conocida y ha sido probada y documentada la costumbre de Octavio Paz de corregir sus propios textos cada vez que se presentaba la oportunidad de su reedición. Hasta hace relativamente poco yo no había vivido de cerca ese “problema”. Cuando era un adolescente, en la biblioteca exigua de mis padres había un ejemplar de *Cuadrivio*. ¿Cómo habría llegado hasta allí? Un misterio de los llamados insondables. La cosa es que algo tarde, quizás en el año 84, poco después de que mis padres se separaran, el librito cayó en mis manos: mi anzueto de lector había dado con un cardumen llamado López Velarde y entre sus páginas, al lado de ensayos sobre Darío, Pessoa y Cernuda, estaba uno, titulado “El camino de la pasión”, dedicado precisamente a él.

Ese año hice con un amigo un viaje a Zacatecas con el único propósito de ver con mis propios ojos el cielo cruel y la tierra colorada. En el tren, de camino, leí por vez primera el trabajo de Paz. A ese texto, precisamente en el ejemplar de Joaquín Mortiz que está en una caja del otro lado del océano —y que tal vez sea de la misma edición del que he sacado de la biblioteca pública de Oviedo—, he vuelto, con el paso de los años, en distintas ocasiones, por lo que es comprensible que al releer la primavera antepasada el ensayo en el ejemplar de una edición más reciente, prestado por un amigo, me hayan sorprendido algunos añadidos hechos por el infatigable Paz.

Sorprendido, es la palabra, por encontrar novedades en un texto que me conocía, si no de memoria, sí como si fueran los parajes de un pequeño pueblo frecuentado y querido: una callecita nueva, que ahonda el sentido en una determinada dirección; una fuente allí donde no había nada; un rincón antes a oscuras al que han brotado plaza, fresnos, un busto. Pequeños añadidos, aquí y allá, y sobre todo dos particularmente importantes, muy en la línea de su autor: para profundizar, el primero, y el segundo para aclarar. Ambos, sí, para ir más allá. El primero tiene que ver con las fuentes de la poesía velardiana; el segundo, con su opinión sobre “La suave Patria”. Vamos por partes.

Si en la primera versión de su ensayo Octavio Paz señalaba algunas direcciones para establecer las influencias de otros poetas en la obra de López Velarde, en la segunda las explora y amplía él mismo. Curiosa, envidiable, la naturalidad con la que Paz hablaba de la crítica: “la crítica dice esto o ha dejado de ver aquello”, “es torpe aquí, o insensible allá”, le gustaba escribir, como si en algunos casos la crítica entendida en su sentido más amplio no estuviera formada esencialmente por lo que dice él. Paz se detiene algo en las influencias de la poesía de México (González León, Nervo) y afirma que las relaciones entre la obra de López Velarde y la



Javier Carral, *El ocaso*, 1996

poesía española han sido poco estudiadas. Entonces comenta algo sobre lo que, dice, apenas se había ocupado la crítica. “Me refiero al ejemplo de algunos poetas españoles que, inspirados por ciertos simbolistas franceses, escribieron en esos años poemas acerca de la provincia y sus misterios pueriles y recónditos”. Y señala muy definitivamente al poeta, narrador y crítico asturiano Andrés González Blanco.

## 2. ESBOZO DE UN MENÉNDEZ PELAYO EN AGRAZ

“El primero y, realmente, el único que se ha ocupado del tema con la extensión que merece, ha sido Luis Noyola Vázquez”, dice Paz, quien añade que el asturiano no sólo influyó en López Velarde sino que jugó un papel aún más importante: “no es exagerado decir que la poesía de González Blanco fue su punto de partida”. Pero mientras aquél se concentra y ahonda, explica, éste, que como poeta “fue prolijo, monocorde y reiterativo”, se prodiga y acaba dispersándose. González

## González Blanco es un personaje de la vida literaria española de su época. Según parece, vivió con prisa, yendo de aquí para allá, tratando de organizar, de ser el centro de algunas cosas, de estar presente en todas.

Blanco, dice además Paz, fue una víctima de la estética que impuso la Generación del 27. Pero no deja de añadir: “Sin embargo, no sólo introdujo ciertos temas en nuestra poesía sino una nueva sensibilidad, un vocabulario original y una imaginación más fresca”. En efecto, la relación entre la obra de ambos poetas ha sido explorada por Noyola Vázquez y al menos por ese camino apenas es interesante ir más allá.

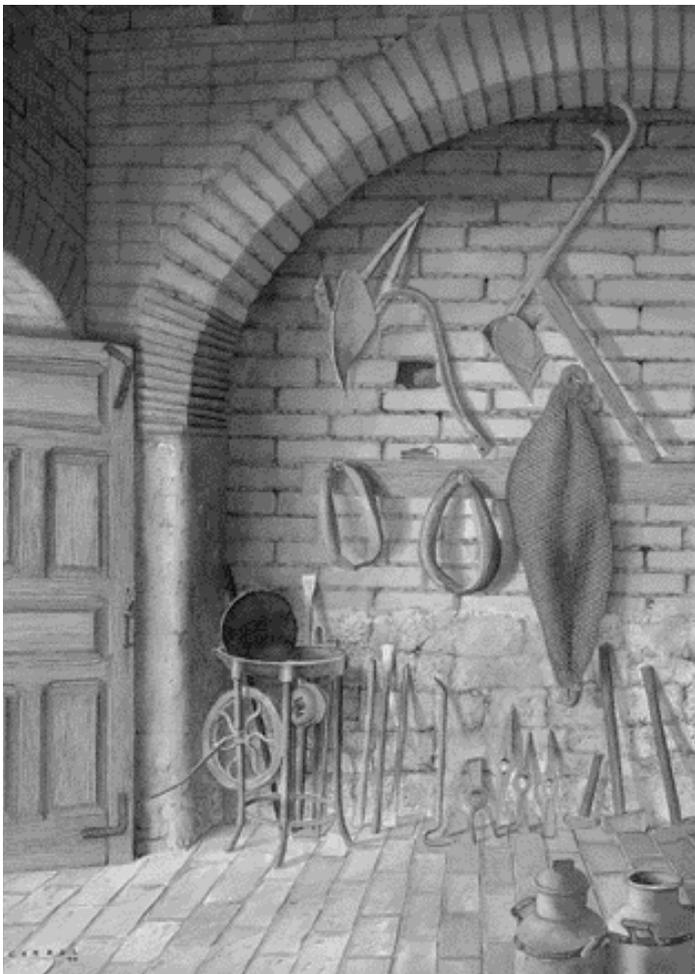
Es cierto que Paz da por sentado que González Blanco “era” de Cuenca, y de alguna manera es así: como a Clarín, a él también *lo nacieron* accidentalmente fuera

de Asturias, en 1886, pero era de familia asturiana, de Luanco, lugar en el que están enterrados sus abuelos como cuenta él mismo en algún sitio y donde transcurrió su infancia. De Asturias la familia se traslada a Ciudad Real, a donde envían al padre, que era maestro de escuela, pero éste fallece en la población castellana lo que obliga a la madre y a ocho hermanos a ir a Madrid. Un poco más adelante, el poeta viene a Oviedo donde ingresa hacia sus diez años en el Seminario, que abandona por falta de vocación en 1903. Al año siguiente lo encontramos otra vez en Madrid, ciudad que, quitando los veranos en Luanco, será el sitio de su residencia hasta su muerte a los treinta y ocho años recién cumplidos, en 1924. En medio anduvo por París y, según Paz, hasta en México. En la capital francesa trabajó para los hermanos Garnier, en cuya editorial publicó las dos series de semblanzas críticas de jóvenes escritores españoles llamadas *Los contemporáneos*.

Hermano menor de Edmundo y Pedro, dos literatos a quienes quizás el tiempo ha logrado cubrir con una capa todavía más espesa de olvido, González Blanco es un personaje de la vida literaria española de su época. Según parece, vivió con prisa, yendo de aquí para allá, tratando de organizar, de ser el centro de algunas cosas, de estar presente en todas. Hizo crítica con la manga demasiado ancha pero se fijó, cosa muy agradecible y más bien rara en la España umbilical del siglo xx, en lo que se hacía en Hispanoamérica. Cuanto poeta americano asomara por Madrid tenía algo más que un apoyo en él:

Durante algunos años —cuenta un amigo suyo— fue Andrés el verdadero agente literario encargado de poner un marchamo a todos cuantos poetas hispanoamericanos se desbandasen por España. Personábanse a su sombra propicia y él les obsequiaba a manos llenas con artículos, elogios, presentaciones, que parecía redactar en serie y repartía pródigamente, sin dársele un ardite ni dolerle pendas.

Acaso no haya otro sitio donde González Blanco aparezca y desaparezca alternativamente, más o menos como él mismo hacía por los cafés madrileños de su tiempo, como lo hace en las páginas de *La novela de un literato*, las deliciosas memorias póstumas de Rafael



Javier Carral, *La forja*, 1996

Cansinos Assens. Escalpeló en ristre, como solía, aunque acaso no sin alguna ternura, el viejo maestro de Borges lo describe de esta manera:

El sabihondo crítico, cuyos artículos incrustados de citas políglotas son el asombro de la grey literaria, el Menéndez Pelayo en agraz, es un chico simpático, amable, al que todo el mundo llama Andresito o Andresín.

Luego añade que se trata de

un jovencito pequeño de estatura, que trata de empinarse y parecer persona mayor, pero que en el fondo conserva aires de adolescente y aun de niño. Luce un bigotillo negro, gasta bastón y guantes, cuello de pajarita, chalinas y sombrero blando. Para hablar se yergue a la altura de su interlocutor. Si en sus escritos puede parecer pedante, en su vida mundana afecta una elegante fívolidad.

Para su tocayo Andrés Trapiello, parte del problema de González Blanco, aquel “hombrecín con su bastoncín” según la muy citada frase de Gómez de la Serna, fue que nunca dejaron de llamarlo, ni siquiera en las notas necrológicas que dieron parte de su muerte, “Andresito”. Con todo, hay algunos pasajes de su obra que hacen pensar que es una lástima que no hubiera tenido la oportunidad, si no de rectificarla enteramente, siquiera de redimirse consolidando al crítico sereno y justo que, eso sí según todas la opiniones, empezaba a asomar en él.

### 3. LAMBREQUINES, COLAS Y CORNUCOPIAS DE SUTILES TRAZOS

El libro titulado *Andrés González Blanco: una vida para la literatura*, de José María Martínez Cachero, que fue publicado por el Instituto de Estudios Asturianos en 1963, es lo mejor que hay sobre el poeta luanquino. Entre otros materiales —un relato más o menos pormenorizado de su vida y un recuento crítico de su obra—, reúne testimonios de lo más variopintos: “sencillo cantor de las vidas grises, de las largas tardes españolas en capitales de provincia”, dice César González-Ruano, quien habla de “su cara de cotorrita” y su “figura breve”, y lo describe como “un verdadero forzado de la pluma” con una “gran cultura sin sistema ni orden”. F. Carmona Nenclares afirma que González Blanco practicó la crítica con “la generosidad de quien no conoce el valor de las cosas” y que “ignoraba en sí mismo el valor de la proporción”.

Es verdad que sus libros no tuvieron mucho éxito. En 1910, González Blanco mismo afirmaba que



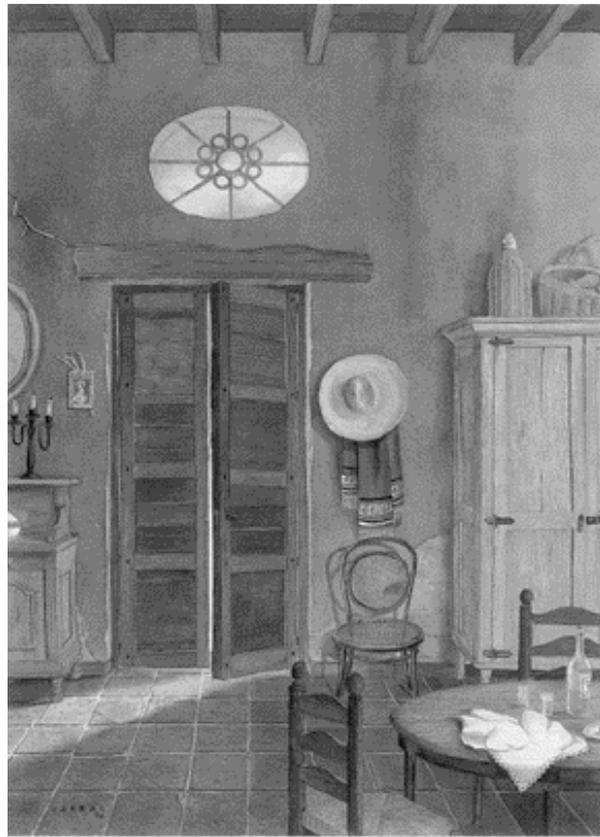
Javier Carral, *Por los suelos*, 2003

nunca le habían dado siquiera “para un viaje a Asturias”. Una muestra muy amplia de su obra poética está reunida en *Poemas de provincia*, que reeditó La Veleta en 1999, en edición precisamente de Trapiello, y donde está la serie que lleva ese nombre seguida de “Itinerario poético”, “Tardes en un convento” y “Poemas eclesiásticos”. Su trabajo crítico reúne libros y trabajos sueltos sobre Darío, Campoamor, Palacio Valdés, Clarín, Valera o Baroja, y hasta una *Historia de la novela en España desde el Romanticismo a nuestros días*, tradujo a Stendhal y a Eça de Queiroz; y entre los títulos de sus muchas novelas y narraciones puede mencionarse *El veraneo de Luz Fanjul*, *El americanín del automóvil* o *Viaje alrededor de una mujer bonita*. Poco antes de su muerte, el Ateneo de Madrid le premió un trabajo sobre Galdós —a quien visitaba al final de sus días, cuando el novelista canario se había quedado ciego—, que luego nadie se interesó en publicar.

Cejador, que parece que no deja pasar oportunidad de meter baza respecto a los asturianos como he creído darme cuenta en otro sitio, contó “con verdadera fruición” a Sáinz de Robles, quien relata el asunto, “la que



Javier Carral, *El prisionero*, 2003



Javier Carral, *El olvido*, 1996

armó” González Blanco cuando interpeló a unos circunspectos estudiosos reunidos “en conciliábulo”, diciéndoles que:

los mercedarios habían presentado ante los Tribunales una querrela contra doña Blanca de los Ríos por injuria y calumnia a fray Gabriel Téllez, a quien había hecho hijo de p..., afirmando que fue hijo del gran duque de Osuna,

en alusión a la teoría de la investigadora respecto a que Tirso de Molina era hijo bastardo de don Pedro Téllez Girón.

Acerca de su forma de proceder, es muy bueno el retrato que de él hace un Juan G. Olmedilla en nota aparecida a raíz de su muerte:

Entraba pequeño, erguido, diligente—, por lo general de una a tres de la tarde, cuando los estudiosos han ido a reponer sus fuerzas, o de once a una de la noche, cuando sólo quedamos en la biblioteca del Ateneo los del trabajo desordenado. Traía ya mediado el veguero [el puro] del postre. Pedía cuartillas, tres o cuatro pliegos de cartas y media docena, una docena de libros [...] Y rápido, cierto [...] encontraba [...] los párrafos, los versos, las líneas que necesitaba para documentar sus prosas. [...] rodaba la

pluma de González Blanco sin una interrupción, sin un tropiezo, en una letra inconfundible, única, llena de lambrequines, colas y cornucopias de sutiles trazos. La ceniza del medio habano [...] le servía de secante. [...] Con las últimas, afanosas bocanadas de humo, Andrés escribía las tres o cuatro cartas urgentes que se le había olvidado contestar hasta entonces. Y salía, ya más pausado, del brazo, por lo común, de un amigo captado al trabajo con su amistosa, persuasiva insistencia para salir acompañado.

El primer trabajo de alguna extensión escrito a la muerte de Marcelino Menéndez Pelayo, un “folleto, con honores de libro”, se debe a la pluma de González Blanco: se trata de “ciento sesenta páginas en octavo” que comenzó a escribir al día siguiente del fallecimiento del erudito montañés y concluyó diez días más tarde. Un íntimo amigo suyo, Diego San José, en un texto leído frente al propio Andresito durante un banquete en su honor, recuerda las peculiares condiciones en las que lo redactó:

Fue en el café del Prado donde escribiste en menos de ocho días el libro de Menéndez Pelayo, mientras dictabas a Reoyo una novela, a Sequeiros un artículo, a mí un prólogo, y aún te quedaba espacio, cabeza y mano para

escribir una carta a una de las innumerables damiselas que se han cruzado en tu camino.

No deja de haber un testimonio sobre cómo se veía González Blanco entre sus hermanos, aludiendo a sí mismo y colocándose al final de su árbol genealógico:

la exuberancia y la facilidad creadoras, la prodigalidad de las ideas, el despilfarro de las frases bellas, son las características de una familia como la nuestra para la cual han hecho tantas reservas mentales, han almacenado tantos granos de pensamiento muchas generaciones de hombres sencillos y rudos por ambas líneas —de marinos por la materna, de modestos propietarios de bienes rústicos por la paterna.

Cómo serán las cosas que al reseñar su vida y obra, Martínez Cachero no puede dejar de decir —más allá de la simpatía que le produce la entrega absoluta de Andresito a la literatura—, igual que se nos dice reiteradamente de *La Celestina*, aunque es bien verdad que en otro ámbito, que espera que su libro sobre el poeta de Luanco “sirva igualmente de aviso y escarmiento para tantos literatos desalados en pos de la efímera fama, ‘lástima vana’, y ‘verduras de las eras’”.

#### 4. UN ROMÁNTICO VISTO POR UN ESTRAFALARIO

Casi seguramente el mejor retrato escrito que conservamos de González Blanco es la entrevista que le hizo otro poeta asturiano, Alfonso Camín, aquel conocido precisamente de López Velarde nacido en un pueblo de Gijón que bulló durante las primeras décadas del siglo XX entre México y España —país del que salió finalmente exiliado en 1937 y al que volvió treinta años después. Uno de los últimos poemas de López Velarde, llamado “Aguafuerte”, que antecede en casi todas las ediciones a “La suave Patria”, está dedicado a Camín. Éstos son los primeros versos:

Alfonso, inquisidor estrafalario:  
te doy mi simpatía porque tienes  
un aire de murciélago y canario.

Su entrevista a González Blanco puede leerse, con otras, entre las que destacan las dedicadas a Cansinos Assens, a Valle-Inclán y hasta Enrique González Martínez, en las *Entrevistas literarias* que seleccionó y prologó José Luis García Martín en 1998 para *Llibros del Peixe*. Publicada en libro originalmente en 1923, en el volumen *Hombres de España*, no debe haberse llevado a cabo mucho tiempo antes: Camín dice que González Blanco tiene “unos treinta y cinco años”, los que hubiera cumplido en 1921. Pero por cierta afirmación sabemos con toda seguridad que no pudo ser antes de junio de ese año.

El resultado del encuentro casi no tiene desperdicio. Uno y otro, poetas entusiastas; uno y otro enfebrecidos, si bien en diferentes proporciones y con distintos resultados, por la época de cambios literarios que les ha tocado vivir. Alfonso, además, como nos hace ver García Martín, es de esos entrevistadores que gustan de entorpecer, con apariciones inoportunas, la intervención de sus entrevistados. Para colmo, ejercía de “asturiano profesional”, al grado de decir quizá no del todo de broma que si Colón no tenía sus orígenes en Asturias era porque ningún asturiano se había resuelto todavía a revisar los documentos.

La reunión ocurre un domingo soleado, en el Ateneo de Madrid, donde Andrés ocupa un cargo de importancia. Las condiciones climáticas sirven a Camín para hablar del carácter del “mozo jovial” que tiene delante, “cuyo espíritu rima bien con el sol mañanero”. La primera pregunta nos interesa a los tres: “¿Eres asturiano?”. El tono de la respuesta no decepciona: “Hasta los tuétanos”. Andrés pasa a explicar que, siendo sus antepasados de un lado de la montaña y del otro de la costa, en él, gracias a la unión de sus padres, se reconcilian los paisajes opuestos de Asturias:

Sorprendido, es la palabra, por encontrar novedades en un texto que me conocía, si no de memoria, sí como si fueran los parajes de un pequeño pueblo frecuentado y querido: una callecita nueva, que ahonda el sentido en una determinada dirección; una fuente allí donde no había nada; un rincón antes a oscuras al que han brotado plaza, fresnos, un busto.



Javier Carral, *El huésped distinguido*, 2003

Uno estaba en la cumbre. Bajó al llano. Otro estaba en el puerto. Caminó hacia tierra adentro [...]. Depusieron acebo y altivez. Hicieron un pacto. Ceyéronlo bien las gaviotas prudentes. Aplaudieron los mirlos capitanes. Casáronse nuestros padres para borrar los linderos.

Andresito describe su vida en el seminario, cuenta que comenzó a escribir imitando a Espronceda y a

Campoamor, a quienes leía de contrabando, y que terminó Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid. Más adelante, añade:

Del romanticismo de Espronceda me curé enseguida. De la ceguera que me causaron los ojos de una mujer, aún no pude curarme. Sigo deslumbrado. Me hizo caer de lleno en el madrigal y en el amor que se hiela bajo el balcón cerrado, en la calle silenciosa.

Entonces viene un tiroteo verbal en que vale la pena retratarlos: “—¿Y en qué terminó aquel idilio?”, pregunta Camín. Y Andresito:

—En nada. Nunca supe a qué sabían los besos de aquella mujer.  
 —¿Entonces?  
 —El amor insatisfecho es lo único que subsiste.  
 —¿Te despreció?  
 —No.  
 —¿Te acobardaste?  
 —Menos.  
 —¿Y eres romántico por ella?  
 —Por ella.  
 —¿Quieres explicarte?  
 —Enseguida.

Y lo hace: “Tenía yo dieciocho años...”. Etcétera. Más abajo, después de imágenes como: ella “tenía los ojos grandes y azules como mi juventud de estudiante”, llegamos al previsible meollo del asunto: era casada. A lo que añade: “El amor prohibido es el único duradero. El más valiente. El más desinteresado. El más puro. El más respetuoso”. Ante semejante banquete, Camín se avoraza:

—¿Por qué es el más valiente?  
 —Porque se enfrenta con la ley.  
 —¿Y el más desinteresado?  
 —Porque no tiene recompensa.  
 —¿Y el más puro?  
 —Porque no peca.

“Del romanticismo de Espronceda me curé enseguida. De la ceguera que me causaron los ojos de una mujer, aún no pude curarme. Sigo deslumbrado. Me hizo caer de lleno en el madrigal y en el amor que se hiela bajo el balcón cerrado, en la calle silenciosa”.

—¿Y el más respetuoso?

—Porque, si es un amor verdadero, no puede aspirar a la posesión. Si expone la honra de la mujer, deja de ser puro para convertirse en pasional, en egoísmo, en libertinaje, en profanación de aquello que más se quiere. El que recibe a Dios en la comunión, no muerde la hostia. El sacerdote no puede blasfemar sobre el cáliz.

Menos mal que repentinamente la conversación da un giro de 180 grados. Se define a la crítica: “la más importante dentro de las Artes”. Se señala la crisis de la novela: “antes [...] era un arte. Ahora es un oficio”. Y se llega a México. Sí, Andrés conoce la intelectualidad de México. “Hay un gran talento: Antonio Caso. Y un gran educador: José Vasconcelos.” De los poetas, menciona a Díaz Mirón, Urbina, Tablada, Rafael López, Núñez y Domínguez... Le parece ocioso, dice, “mencionar a Neruo. Él y Darío siguen viviendo entre nosotros”. “¿Y entre los jóvenes?”. González Blanco no lo piensa dos veces. Lamenta que haya muerto, sí, tan joven, como sabemos que ha ocurrido el 19 de junio de 1921, pero no deja de afirmar: “El más interesante es Ramón López Velarde”.

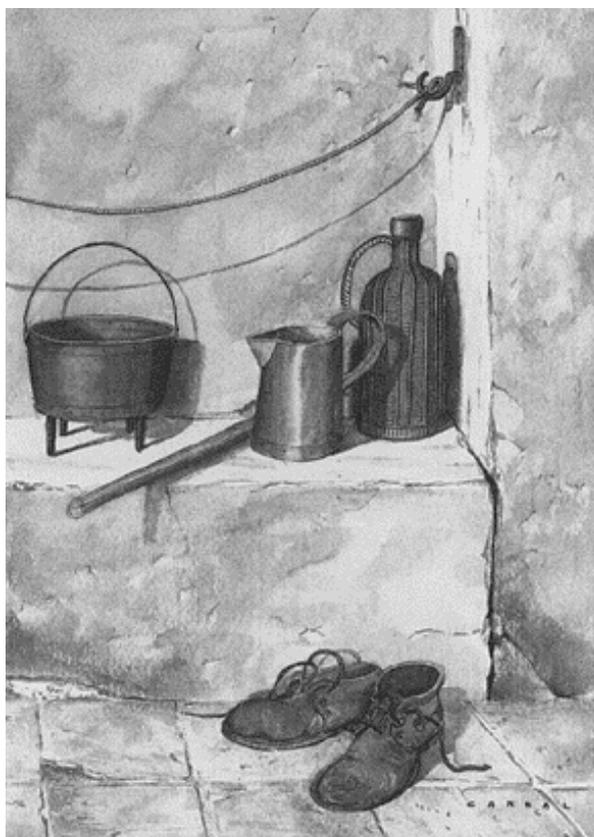
##### 5. LUNARES Y FLAQUEZAS DE UN POEMA TRASCENDENTAL

Si el segundo añadido importante al trabajo de Paz sobre López Velarde me interesa es porque tiene que ver con la historia de mi sensibilidad como lector de poesía, en la que fueron determinantes mis lecturas velardianas. De la primera redacción del ensayo data la preciosa descripción crítica que hace Paz de “La suave Patria”. Su comentario es un perfecto ejemplo del extraordinario crítico que había en él. ¿O cómo llamar si no, entre otras muchas cosas en las que esta vez no me detendré, a la deliciosa recreación que hace para comprobar que “el verdadero equivalente” del poema está en el teatro? “Ni lírico ni heroico —su tono: ‘la épica sordina’—, es un poema dramático, dividido en dos actos, con un proemio y un intermedio”. Y más adelante: “El intermedio es un solo en el que el vocalista, aquí y allá acompañado por un lejano murmullo de chirimías, canta el suplicio de un héroe”.

Es importante señalar la diferencia que hace respecto a que el poema “es, en cierto modo, el mediodía de su estilo”, pero no de su poesía: “La maestría vence con



Javier Carral, *Instrucciones precisas*, 2003



Javier Carral, *El reposo*, 2003

frecuencia a la inspiración, la receta suplanta a la invención y el hallazgo al verdadero descubrimiento”. Si la primera vez que había andado ese camino de la pasión, Paz había llamado al poema “hermoso e infortunado” (casi seguramente refiriéndose a que ha sido “manoseado” con demasiada torpeza), la segunda lo llama “hermoso y desigual” y a partir de allí añade un párrafo nuevo en que le hace una crítica algo más detenida.

De entrada se refiere al título, que le parece “más que una falta de gusto o un error de juicio [...], un engaño piadoso, una ilusión”: a México no le va el adjetivo “suave”. Ni su historia ni su geografía ni su temperamento son suaves. Pero si el adjetivo no es preciso, las intenciones del autor del texto, dice Paz, sí lo eran, y López Velarde, quien “aborrecía los tambores y las trompetas”, logró lo que quería, algo por cierto en lo que mi generación parece interesada: “un poema en voluntario tono menor”. Entonces, porque piensa que “la seducción que ejerce sobre nosotros no debe cerrarnos los ojos”, Paz enlista, comentándolos, cada uno de los “lunares y flaquezas” que ve en el poema. Sus reparos no son muchos ni demasiado importantes en el contexto de una obra de la trascendencia de ésta, pero es interesante verlos de cerca. Dice que hay

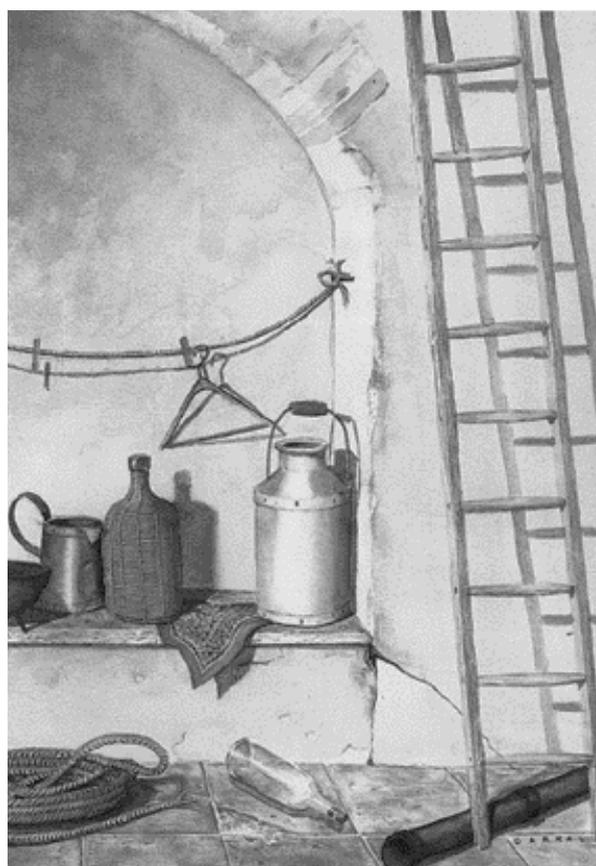
versos inútilmente complicados y aun grotescos (‘la hora actual con su vientre de coco’ o ‘desde el vergel de tu peinado denso’), inexactos y que revelan una ignorancia del mundo natural (‘la noche que asusta a la rana’), ripiosos (‘suave patria, en tu tórrido festín / luces por lo común de delfín’ o, un poco después, ‘y con tu pelo rubio (sí), se desposa / el alma equilibrista chuparrosa’), mal acentuados (‘suave patria, vendedora de chía’), retóricos, tiesos a lo Núñez de Arce (‘inaccesible al deshonor, floreces’), etcétera.

De entrada, estoy de acuerdo casi en todo y me pasa poco menos que lo que a él, según cuenta en otro sitio, al terminar de leer cada una de las décimas de Villaurrutia: ponerme de pie y aplaudir. Sin embargo, fiel a mi viejo entusiasmo por el poema, la lectura del párrafo desconocido me hizo reaccionar la primavera antepasada con algunas sensaciones y razonamientos que sigo reconociendo como míos.

En primer lugar, dice Paz, “versos inútilmente complicados y aun grotescos (‘la hora actual con su vientre de coco’ o ‘desde el vergel de tu peinado denso’). No seré yo quien defienda al segundo; antes que grotesco, es feo: López Velarde es un poeta arriesgado y no es raro que no atine. Y es que “vergel” y “peinado denso”,



Javier Carral, *Huelga obligatoria*, 2003



Javier Carral, *El paliacate*, 2003

reunidos en una imagen que pretende describir la frescura que ofrece la patria para contrarrestar los calores del mes de julio, acaso no se equiparan bien. Además, ¿cómo olvidar la solución para “peinado” que propone él mismo en otro lugar?: “con peinados de torre y con vertiginosas / peinetas de carey”.

Pero el primero me gusta: “y la hora actual con su vientre de coco”. Es como un esqueje llevado de una playa de Veracruz a una maceta del altiplano mexicano. Tiene el “expresionismo”, si puedo decirlo así, de Díaz Mirón y con una sílaba menos —como por cierto lo cita Paz— podría formar parte de “Idilio”. Además, y sin dejar de advertir que acaso se trate de un cambio de gusto de época, el verso me parece eficaz: la hora actual tiene el vientre del coco, y en su interior hay jugo. El instante presente es ese jugo: la realidad, ahondada en el recipiente del ahora, nuestra existencia misma cargada de todas sus posibilidades. Desde luego, entiendo que no le suceda lo mismo al autor de “Viento entero”, el poema de *Ladera este* en el cual, entre otros textos, Octavio Paz juega con la idea de que el tiempo es un presente perpetuo y que pasado y futuro existen.

El hemistiquio ‘la noche que asusta a la rana’ es usado para ejemplificar los versos “inexactos y que revelan una ignorancia del mundo natural”. Con “inexacto” debe referirse a que la noche no asusta a las ranas. ¿Y qué? ¿No es llevar demasiado lejos las cosas? La idea no me molesta y hasta es sugerente. ¿A quién le importa que no sea verdad? Más verdadera me parece la ilusión de que el croar de las ranas sea una manera de conjurar el susto con que reciben la noche; como en la fábula, las ranas encarnan los sentimientos de los hombres. ¿Revela también ignorancia del mundo natural otro pasaje del poema, que Paz mismo ha descrito como difícil de olvidar, aquél que dice que el trueno “requiebra a la mujer” o “sana al lunático”?

Paz da dos ejemplos ciertos —curiosamente, dos pareados consecutivos— para demostrar que el poema tiene versos rípicos: ‘su ave patria, en tu tórrido festín / luces policromías de delfín’, y: ‘y con tu pelo rubio (*si*) se desposa / el alma equilibrista chuparrosa’. El “*si*”, ni hay que decirlo, no es mío sino de Paz. ¿Rubia la Patria? Mi amigo Gonzalo Celorio cree que el verso puede referirse a los campos de maíz; de



Javier Carral, *Frugalidad*, 2003

esa manera, las policromías relativas a la piel de ese cetáceo no resultarían sino la impresión cromática del viento corriendo entre las tierras cultivadas. A pesar de eso, es cierto que los versos con que Paz ejemplifica carecen del ajuste y la tensión de otros. Un ejemplo, entre muchos: “del pecho curvo de la emperatriz / como del pecho de una codorniz”.

Por su parte, ‘Suave Patria, vendedora de chía’ le sirve para ejemplificar que los hay mal acentuados. Y éste, sin duda, lo está: la falta radica en acentuar la tercera sílaba y luego la séptima, es decir, en combinar

Andrés pasa a explicar que, siendo sus antepasados de un lado de la montaña y del otro de la costa, en él, gracias a la unión de sus padres, se reconcilian los paisajes opuestos de Asturias...

ambos acentos en el mismo verso. Varios empiezan con el vocativo “Suave Patria”, es decir, con acento en la tercera sílaba, pero sólo éste acentúa también en séptima. Error. Pero ¿muy grande? El verso, ¿suena mal? Hay por lo menos otros tres cuya acentuación es algo forzada: “no miró, antes de saber del vicio”, “único héroe a la altura del arte” y “sé siempre igual, fiel a tu espejo diario”. Con todo, cada uno me parece que pasa. Como han hecho otros, Francisco Monterde entre ellos, yo hablaría de licencias con mayor o menor fortuna, y nada más.

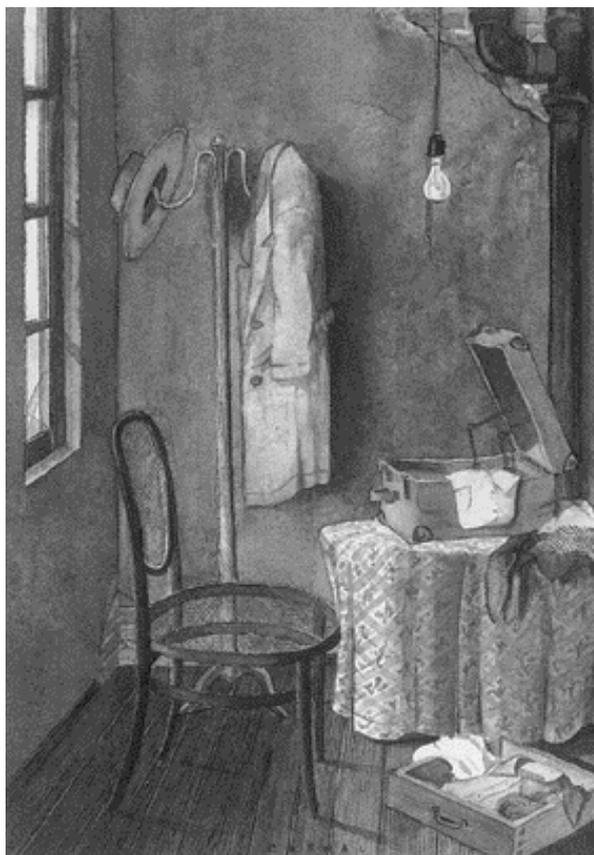
Gaspar Núñez de Arce, paradigma del poeta grandilocuente (autor, por ejemplo, de aquellos versos dedicados a España que empiezan diciendo: “Roto el respeto, la obediencia rota, / de Dios y de la ley perdido el freno”), sirve por último a Paz para despacharse con justicia el verso: ‘inaccesible al deshonor, floreces’, y señalarlo como ejemplo de otros “retóricos, tiesos”. La relación entre el mexicano de principios del siglo xx y el español del xix no es caprichosa. Es conocida la revaloración que hicieron los modernistas de un poeta que, al revés de la deseable tendencia de su tiempo, optó por una poesía declamatoria y enfática. La necesidad de hablar por vez primera con toda autonomía acerca de la realidad americana y la búsqueda de un tono propor-

cionado a tamaña empresa, explica que esa generación de brillantes poetas, Díaz Mirón uno de ellos, haya visto el valor de alguien como él.

Precisamente para explicar quién es Núñez de Arce, Menéndez Pelayo apela a lo que, dice él, los italianos llaman “poesía *civil*”. Alguien como el político y dramaturgo vallisoletano, dice don Marcelino, no tiene ya cabida en un país como la España de su siglo, por eso hay en él algo que no funciona y resulta, sí, tieso y retórico. Glosando a Heine, el erudito montañés dice que los poetas modernos tienden a la atomización: cada vez son más subjetivos, cada vez son más solitarios. “Poetas de sentimiento y fantasía individual”. Nadie podría decir que eso no suceda con López Velarde. Pero Menéndez Pelayo añade: “En otro tiempo había poetas nacionales, poetas de raza, de religión, primeros educadores de su pueblo, fundamento de su orgullo”. Entonces enumera las excepciones entre las que todavía hoy podría darse un poeta así. Si cambiamos la palabra “independencia” por “identidad”, la vieja frase de don Marcelino funcionará para referirse al futuro México revolucionario y en consecuencia a Ramón: “como no sea”, dice, “en aquellas [nacionalidades] que no han alcanzado todavía su independencia plena y en el fragor de la lucha mantienen viva la conciencia nacional”.

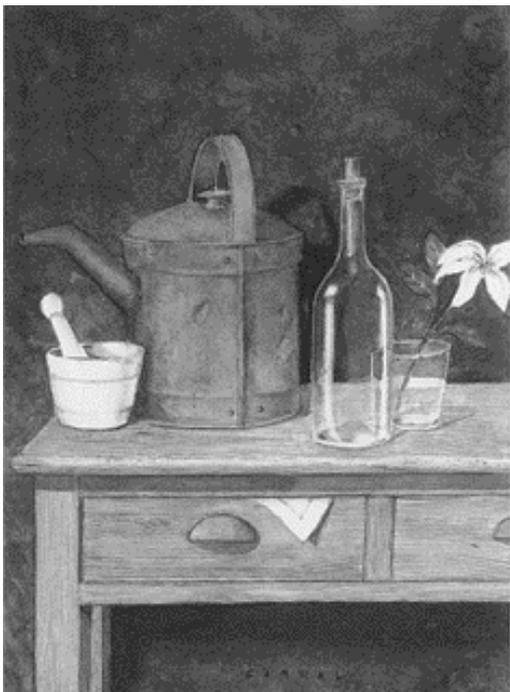


Javier Carral, *Tedfilo*, 1996

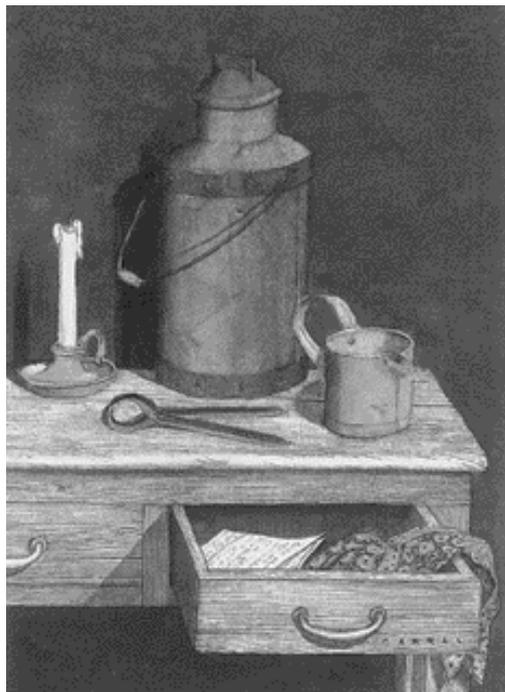


Javier Carral, *La huida*, 2003

...su objetivo es ilustrar, reproduciendo la conversación entre dos peninsulares, los equívocos que causa la ignorancia de la geografía americana.



Javier Carral, *Poción de amor*, 2003



Javier Carral, *El secreto de Eulalia*, 2003

#### 6. UNA VISITA FANTASMA (A MANERA DE CODA)

Según Andrés Trapiello, Octavio Paz, “que conocía la poesía” de Andrés González Blanco, “proyectó un escrito en relación con López Velarde”. Pero ni él ni José María Martínez Cachero dicen nada respecto a que el poeta asturiano haya estado en México. Paz lo afirma dos veces: primero en el mismo lugar en el que comenta que también su hermano Pedro “vivió entre nosotros”, participó en nuestra Revolución y hasta “escribió sobre ella”; luego, unas líneas más adelante, insiste en ello al hablar de unos sonetos escritos bajo la influencia de Francis Jammes, que Andresito, según él, escribió “sin duda después de su estancia en México”. Protagonico y sobrado, Alfonso Camín, que ha rozado el tema, plantea la pregunta pero aunque parezca increíble no para hacérsela a Andrés sino a sí mismo, una vez que se halla a solas y pasa en limpio su entrevista: su objetivo es ilustrar, reproduciendo la conversación entre dos peninsulares, los equívocos que causa la ignorancia de

la geografía americana. Seguramente la respuesta era obvia para él.

Tampoco Constantino Suárez, *Españolito*, en el cuarto tomo de la edición de 1955 de su conocido *Escritores y artistas asturianos* dice nada al respecto en el apartado dedicado a Andrés que aparece junto a los de sus hermanos y su padre. Hablando de Edmundo y Pedro, no deja de aludir a algunos viajes hechos por uno y otro, sobre todo por éste, que estuvo en Cuba y México, donde cuenta que en efecto “participa activamente en el movimiento revolucionario y llega a ser asesor” de Carranza, “quien le favorece largamente en el orden económico”. Me parece improbable que un estudioso como *Españolito*, para una obra de las características de la suya, hubiera dejado pasar un dato de semejante naturaleza.

Con todo, ante mi propia duda espoleada por la doble afirmación paciana, acudí en persona a José María Martínez Cachero quien me asegura que Paz estaba equivocado, que el González Blanco que nos interesa no



Javier Carral, *Inquieto amanecer*, 2003



Javier Carral, *La última llamada*, 2003

cruzó el océano y que sin duda lo confunde con su hermano Pedro. Si insistí es porque la idea era sugerente: ¿a qué podía haber ido Andrés a México? ¿Quién lo pudo haber invitado? Y en ese caso, ¿hubiera conocido, por casualidad o hasta afinidad, a nuestro Ramón? ¿No hubiera sido más que posible que los presentara cualquiera, ya no digamos Camín? Lejos de México, y de mis propios libros, no puedo consultar siquiera la bibliografía velardiana básica. Tengo que conformarme con la primera edición de su *Obra poética* de la Colección Archivos, que vino entre mis cosas, con el dedo índice alerta para distinguir los ídolos a nado en un

océano indiscriminado e insufrible de erratas. ¿De dónde sacó Paz esa información?

Como advertí más arriba, no seré yo quien profundice en las relaciones entre las obras de López Velarde y Andrés González Blanco. Al menos para mí, son suficientes el análisis reposado de Noyola Vázquez y, basados en éste, los respuntes rápidos y certeros de Paz. Pero López Velarde se ha convertido en una suerte de fetiche literario y no faltará quien quiera ir más lejos. A lo mejor entre tanto piano, amada imposible y lluvias tristísimas nos aguarde, más que alguna genuina sorpresa, alguna curiosidad que justifique el viaje. ▮

...la idea era sugerente: ¿a qué podía haber ido Andrés a México? ¿Quién lo pudo haber invitado? Y en ese caso, ¿hubiera conocido, por casualidad o hasta afinidad, a nuestro Ramón? ¿No hubiera sido más que posible que los presentara cualquiera?